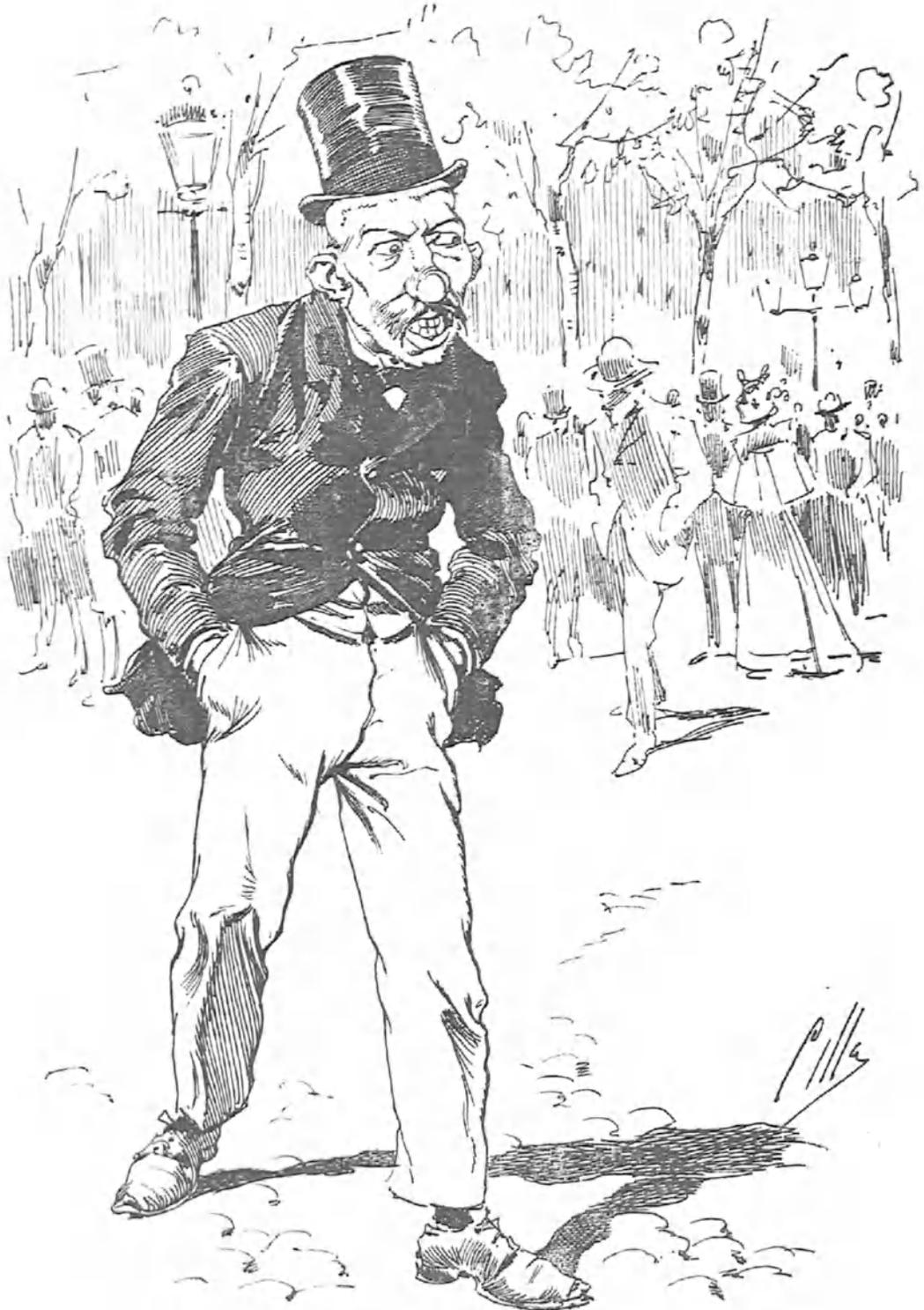




Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

A caza de destino.



—Por allí va Cos-Gayón en coche. ¡Qué lástima que no me haya visto nunca! Porque ésta era buena ocasión para acercarme á ver si se acordaba de mí por casualidad.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taborda.—El honor en la belleza, por Luis de Ansoaena.—Frustrerías, por Eusebio Sierra.—El hombre de los tres duros, por A. Sánchez Pérez.—La manga ancha, por Sinesio Delgado.—¡Qué señora más cargante!, por Juan Pérez Zúñiga.—La inspiración, por Luis González Gil.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: A casa de destino.—La moral callejera.—Seguidillas gitanas (nueve viñetas), por Cilla.—España cómica (Pontevedra), por Mecachis.



DE TODO UN POCO

¡Después dicen que no hay dinero!... ¡Vaya si lo hay!

Los trenes han conducido estos días a la capital de Andalucía gran número de expedicionarios, que van a disfrutar de la feria y a lucirse.

Todo el que tiene veinticinco duros se va y muchos que no los tienen también.

Dígame, si no, la familia de Pérez Cachucha, que ha tenido que vender una cama de matrimonio y dos mesas de noche y un lavabo de pino (imitación a caoba), para hacer frente a los gastos del viaje.

Realizada la venta, la familia salió para Sevilla, instalándose en casa de una lavandera viuda que alquila dos alcobas y un camaranchón bastante ventilado.

Allí comen y duermen las de Cachucha, y por el día recorren la población con sus vestidos de lana, forma princesa, y sus sombreros de castor con flores de trapo.

Al verlas así, en clase de *touristes* elegantes, mucha gente cree que nadan en el lujo; pero la lavandera está en el secreto y no se guarda de decir a cuantas personas quieren oírlo:

—¡Quién? ¡Las forasteras de mi casa? ¡Pobrecillas! ¿Sabe usted lo que comen? Pues una *niaja* de bacalao y unas patatas *guisadas*. Mucho sombrero y muchos faralares, y por dentro sabe Dios cómo van. ¡Ay, hija! *Paese* mentira que *haiga* gente así...

Efectivamente, la señora de Pérez Cachucha (madre) es la encargada de hacer la comida; y mientras sus retoños se entregan a la lectura de novelas sentimentales, sentadas sobre un baúl, la mamá monda las patatas y desala el bacalao en la cocina, siempre rabiando y siempre reconvinendo a aquel par de «zánganas» que tiene por hijas.

—¡Eso es!—dice furiosa.—Vosotras leyendo esas *mamarrachadas* y yo aquí hecha una negra. ¡Ay! ¡Si viviera vuestro padre! Otra cosa sería. Este viaje nos va a salir a la cara; acordaos de lo que os digo. ¡Haberme obligado a vender la cama! Una cama en que os he dado a luz a todas. ¿Y para qué? Para venir aquí, donde nadie nos saluda. ¡Si al menos os saliese un novio para casarse! ¡Pero el único que os mira es el vecino de enfrente, y para eso me han dicho que está en relaciones con la criada!...

La mamá tiene que quitarse el mandil para acompañar a las niñas a la feria; pero como la desdichada señora está rendida de tanto trabajar, a lo mejor llega a un aguaducho, toma asiento en un banco y se queda dormida como un cachorro.

—¡Mamá, por Dios!—le dicen las hijas en voz baja.—Está usted llamando la atención de toda Andalucía.

—¡Voy, voy!—grita la madre despertándose asustada y creyendo que llama el panadero.

Hay quien, con tal de viajar, se iría a vivir a una cueva, y hay quien, con muchos pesos fuertes en el bolsillo, permanece en Madrid, asegurando que en ninguna parte del mundo hay una Semana Santa como la de la villa del oso.

—Si, señor—grita en el café.—Lo que hay en Madrid no lo hay en ninguna parte. ¿Qué tienen ustedes que decir de la procesión del Santo Entierro? ¿No es bonita?

—No diga usted eso, por Dios—interrumpe uno de los del co-

ro.—¡Quién ha visto las procesiones de Sevilla!... Aquello sí que es solemne. ¿Y la feria? ¿Y la animación de los colmados? ¿Y aquellos buñuelos que saben a gloria? ¡Ay, Sevilla, Sevilla de mi alma!...

—Pues yo no cambio la animación de Sevilla por la del Puente de Vallecas los domingos por la tarde. El último domingo estuve yo con mi esposa y lo pasamos ricamente. Nos pusieron una tortilla de patatas y un queso de Villalón, que ya lo quisiera para todos los días. Después llegó un ciego y estuvo tocando la jota de *La Dolores*. ¡Vaya una tarde alegre que pasamos! Si no hay necesidad de salir de la corte para divertirse. Úrdame usted.

* * *

Hasta cierto punto tienen razón los madrileños clásicos. Aquí hay de todo, alegría, gracia, animación y feria permanente; por tener de todo, hasta tenemos lluvia diaria, para hacernos la ilusión de que nos hemos trasladado al Norte ó Noroeste de la Península.

La mayor parte de los días cree uno estar en Santiago de Compostela ó en Bilbao.

Abre uno los ojos por la mañana y pregunta a la doméstica:

—¡Qué día hace hoy, Serafina!

—Pues... ya lo sabe usted.

—¿Húmedo?

—Chorreando.

—¡Que le hemos de hacer! Prepárame el paraguas.

—Está podrido.

—¿Podrido?

—Sí, señor; le querido abrirle esta mañana, y se le salen las ballenas por los boquetes.

—¡Jesús! No gana uno para paraguas, ni para botas, ni para pastillas del doctor Andreu.

Yo tengo tos desde Octubre del año pasado, y es que estas humedades me atacan a la laringe. A la mejor voy a ponerme las botas, y me encuentro con la novedad de que les ha salido musgo por la parte interior.

Hay tanta humedad en la atmósfera que se derriten los azucarillos por sí solos, y ayer fui a abrir la mexa de noche, y vi con asombro que había nacido una colibrí en la tabla de abajo.

No, no; el mundo no se acabará por el fuego; el mundo se va a acabar, cualquier día de la semana que viene, por medio del diluvio.

¡Dios mío! ¡Ten compasión de nosotros!

Luis Taborda.

EL HONOR EN LA BELLEZA

I

Pensé loes que se moriría y quise, en esta creencia, dejar libre su conciencia del gran peso que tenía. Sin jugar, tan insulso era entonces su temor, que era un delito mayor el declarar su delito.

Queriendo morir en calma, por enferma, arrepentida, tras de gozar de la vida, pretendió salvar el alma, llamó a su esposo a su lado y, en voz baja y temblorosa, le confesando la culpa lo horrible de su pecado.

Y, cuando fue espantada, perdón, porque se moría, aquel a quien lo pedía dijo que no perdónaba. —¡Jamás le he de conseguir! gritó en su justo arrebatado. ¡Me ultrajaste!... ¡Y no te mata porque te vas a morir!

II

Aunque aquel día, en verdad, causó al médico extrañeza, pudo la naturaleza vencer a la enfermedad, viendo que Inés poco a poco

volvía a su antiguo estado, el marido desahogado sentía el fin de un loco.

Siguió siempre la herida y se calmaba de esta suerte:

—No se ha dado Dios la muerte porque me dió a mi la vida! Diosito que él me entregó...

¿Qué me le puede quitar?...

No te he querido matar para que te maté yo!

Y cuando hasta la locura le fue destruyéndose,

—¡Que no me venga—dijo— el padre de su hermanito!

III

Fuercito supo el doctor explicarle el caso aquel,

pues cuando Inés, según él, estaba mucho mejor,

volvía al mal, y tal herida puso en esta arrebatada,

que, aunque perdono su vida, robóse a Inés su belleza.

Y de la alta a desdicha,

que esperaba a tanta gente,

al fin, quedó solamente un monstruo de fealdad.

Venció la transformación, sintió el esposo espantado

meus sillo aglomerado

dentro de su corazón;
y poco á poco en su ser
hubo tan ruda mudanza,
que renunció á su venganza...
y perdonó á su mujer,

pensando con la amargura
que produce un gran dolor:
—Pero ¿es que muere el honor
cuando acaba la hermosura?

Luis de Encorena.

LA MORRI, CALLEJERA



—Pero mujer, si too se arregla mu fácilmente. Ahora vamos á ver á tu madre y tú la dices eso... que te quíes venir á vivir conmigo.

—Y á tu mujer ¿qué la decimos?

—¡Anda, Dios! Que se venga con nosotros si quiere.

FRUSLERÍAS

No sé lo que daría
por haberte encontrado el otro día,
que hoy no acierto á decir lo que guardaba
para vengar la ofensa que me hería,
porque te amo lo mismo que te amaba
y no tengo el coraje que tenía.

—No marcha bien lo de Cuba.

—Ya marchará con el tiempo.

—Dicen que se envalentonan
y aumentan los insurrectos.

—Sí, lo dicen... pero ¿dónde?
En Tampa y en Cayo Hueso.

—Sin embargo, cuando el río
suena...

—Es que sigue corriendo.

—Figúrese usted que triunfan
los enemigos...

No quiero.

—Hombre ¿acepta usted la hipótesis.

—Por complacerle la acepto.

—Ya es Cuba libre...

—¡Un demonio!

—Lo supongo.

—Mal supuesto.

—Una vez que la abandoné

España, ¿qué será aquello?

—Pues... cualquiera lo advierta:
una merced de negra.

No le digas á nadie
lo que me estás diciendo,
si por tu mal no quieres
arrepentirte luego.

¿A quien tú, tan mesquino,

darías tu dinero?

Á nadie, temeroso

con razón de perderlo.

Pues es mucho más grave

y mucho más expuesto
que entregar la fortuna
entregar un secreto.

Me vió y me dijo al instante:

—Seguro es, te vende Aurora;

acabo de verla ahora

en coche y muy elegante.

Me contó lo ya sabido

y le hablé de esta manera:

—¡Venderme á mí! ¡Ya quisiera!

Ella es la que se ha vendido.

Con ser poeta y no bueno

lo que has escrito,

que eres otro Cervantes
dices tú mismo.

Bien, no lo extraño;

ya se por qué lo dices,

porque eres manco.

Si, se puso hecho una furia

viendo tu traición tan clara,

y quiso echarte á la cara

su desprecio en una injuria.

Mas tuvo que enmudecer

y devorar el coraje,

porque no encontró un ultraje

que le pudiera ofender.

Eusebio Sierra.

El hombre de los tres duros.

(MONÓLOGO)

Salte el hombre de los tres duros y, sentándose á una mesa de pintado pino, dice:

«Ya ni en la paz de los sepulcros creo.»

No, señor: ni en la paz de los sepulcros; ni en el valor de los billetes del Banco; ni en la plata de los duros procedentes de la Casa de la Moneda. Porque hasta eso es mentira.

Recuerdo bien que un poeta cómico muy ingenioso y muy discreto, cuyo nombre no digo ahora para evitarme polémicas y sabores,—los cuales sobrevienen donde uno menos los espera,—puso en boca del protagonista de cierta comedia suya, muy linda por cierto, esta especie de aforismo (si es aforismo, pues no estoy muy seguro de que lo sea):

«Amigos, pocos y buenos;
y el mejor amigo, un duro.»

Algún crítico hubo de decir al poeta que, si el mejor amigo era un duro, no se comprendía bien el consejo de tener pocos, y que antes, por el contrario, cuanto más amigos de esos se tuviera, tanto mejor; pero sin duda el poeta (por algo se los llama vates) había vaticinado que llegaría un tiempo en que los duros sólo servirían para proporcionar á sus poseedores sobresaltos y quebraderos de cabeza.

Por supuesto que todo esto me lo estaba yo figurando desde que supe de cómo el Estado acuñaba duros que solamente valen dos pesetas.—Que es ya cuanto me quedaba que saber!

Porque en España el Estado lo es todo: sacerdote, maestro, comerciante, artista, empresario de teatros y hasta jugador... de ventaja... Solamente le faltaba ser una cosa, monedero falso, y ya está siendo. En competencia con los que antes se dedicaban á esa industria. Antes los monederos falsos hacían duros de plomo y los recubrían con finísima hoja de plata; ahora los hacen del metal mismo que emplea el Gobierno y dan moneda que es buena, aunque no sea legítima, y ganan tres pesetas en cada duro, que es ganancia más que suficiente para sufragar los gastos de la fabricación y los quebrantos de *expendeduría*.

Todo, por de contado para tormento del infeliz que, como á mí me ocurre ahora, tiene pocos duros y no sabe si son buenos ó malos. Es decir, que son malos todos, lo sabe de sobra; lo que ignora es si son los suyos de los que á pesar de ser malos, pasan, ó si proceden de la industria particular y no tienen curso en la plaza. (*Saca tres duros.*)

Aquí están; son tres; muy blancos, muy relucientes, muy limpios; parecen acabaditos de salir del horno. Uno es de 1888, otro de 1890, otro de 1892. Justamente los tres cuños que se han falsificado.

Y no hay más cuños falsificados porque no tengo más duros; que á tenerlos yo de otros años, á otros años se habrían extendido las falsificaciones.

Veamos... «La Casa Nacional de Moneda»... acude en mi auxilio, ya que no para darme duros buenos, para que me entere yo de si los que poseo son malos.

Y dice así...: «Cuño de 1888. Aquí está. (*Examinando uno de los tres duros.*) *Lee:* Anverso: el busto y la oreja son mayores en los falsos que en los legítimos.» (*Hablado.*) Bien, pero como no tengo más que uno, raya usted á saber si esta oreja, que á mí me parece muy pequeñita, es mayor de lo que debiera ser.

(*Vuelve á leer.*) «Reverso: el campo de las líneas debe tener de relieve 21 líneas y sólo tiene 19.» (*Torna á recitar.*) Pues cualquiera halla aquí esas dos líneas de diferencia.

Vaya, que tampoco me sirve para nada el reverso.

(*Prosigue leyendo.*) «Canto: el reparto de las 27 líneas es desigual y no coincide, por lo tanto, con las de la moneda legítima.» (*Insiste en hablar uniendo la acción á la palabra.*) Pues éstas de 1888 si coinciden con las de 1890, lo cual puede consistir en que ambas sean buenas, y también en que las dos sean malas.

Pues nada, que tampoco puedo aprovechar el canto.

Peso. ¡Ah! Esto ya es otra cosa; en esto si que no hay falencia, como decía un sabio muy tonto, que había compuesto una aritmética en seguidillas. (*Leído.*) «Peso: 24 gramos, 452 miligramos; los



En cuanto la encuentre, la pido tres reales y la compro en seguida un anillo con ocho diamantes.



¡Tabaco picado, tú picas bastante! Y contigo vá un hombre entre nubes lo mismo que un ángel.



Aquí me coloco y espero á que pase. ¡De seguro con esta corbata la vuelvo guirlache!



Señor prestamista, yo vengo á contarle que no pienso pagarle en mi vida ¡y usted no lo sabe!

SEGUIDILLAS GITANAS



Los pies muy chiquitos, los ojos muy grandes; pero pongo el anillo en la caña ¡y no pica nada!



Después de los bombos que he dado á Beránger, yo creo que me harían siquiera teniente de alcalde.



¡Se escapa con otro! ¡Maldito sea el diantre! ¡Y cuidado, que la he dicho cien veces que no se me escape!



¡Qué tiempos aquellos en que era tan fácil escribir un soneto á la brisa llamándola suave!



¡Por Dios, no me mires con ojos tumbantes, porque luego, de postre, me sueltas cualquier disparate!

legítimos deben pesar 25 gramos. (Hablado.) Hay pues una diferencia de 48 miligramos, que en cualquier tienda de ultramarinos aprecian en seguida. Eso sin contar con que 48 miligramos lo pierde una moneda en muy poco tiempo si circula por la plaza.

Pero hay aquí alguna otra cosa; la ley. En los legítimos la ley es 900 milésimas, en los no legítimos 887; es decir, 13 milésimas menos, que es una friolera y que además nadie podrá apreciar en cada duro que reciba.

Resumen: que no sé si tengo, en efecto, tres duros (porque las diferencias señaladas en los cuños de otros años son, poco más, poco menos, como las señaladas en éste) y que en adelante, para admitir un duro ó rechazarlo, he de ir provisto: de un microscopio, de un nonius, de una balanza de precisión, de una copela, y de cuantos aparatos son indispensables, no ya para hacer un ensayo, sino para llevar á cabo un verdadero análisis cuantitativo de la moneda.

Y como esto resulta muy caro, y además yo no sabría hacerlo,

y además no podrá hacerlo nadie en las transacciones mercantiles, se deduce que es necesario renunciar á tener duros.

A bien que hace ya tiempo que los españoles habíamos renunciado á tenerlos.

(Arroja los duros al suelo y vase por el oro, ó por el balcón, ó por cualquier parte.)

FIN DEL MONÓLOGO

A. Sánchez Pérez.

MANGA ANCHA

Si cuando á mí me atrape la Parca impia (molestándome mucho por mil razones) me encargarán del cielo la portería, relevando á San Pedro de sus funciones,

yo aceptaría el cargo de buena gana; pero, si fueran amplias mis facultades, habría dentro alguna tracamundana que asustara á los Tronos y Potestades, y estoy casi seguro de que, causando gravísimos trastornos el primer día, á pesar de su dulce carácter blando, mi antecesor ilustre se enfadaría.

Para mí no hay distingos en la hermosura; me gustan las mujeres de tal manera que, teniendo en su abono buena figura, pasaría en el acto la que quisiera.

Porque yo, que soy bueno, leal y honrado según el catecismo del Padre Astete, creo que no es penable ningún pecado cuando es mujer, y guapa, quien lo comete.

Y como, por desdicha, las virtuosas (con perdón sea dicho) suelen ser feas

que, aunque tengan ideas pecaminosas, tienen que conformarse con las ideas, y como las bonitas generalmente siempre están más expuestas á una caída, porque el diablo las pone como aliciente de las malas pasiones que hay en la vida, ¡ya adivina cualquiera los resultados que en la gloria daría mi puesto honroso, haciendo caso omiso de los pecados por fijarme en un talle jaezandoso!

¡En cuanto practicara mis teorías, que son, en cierto modo, consoladoras, dueño yo de las llaves... en cuatro días iba á llenar el cielo de pecadoras!

Sincio Delgado.

¿QUÉ SEÑORA MÁS CARGANTE!

No contenta con mandarme mi amiga doña Piedad que le arregle unos asuntos y la envíe a Colmenar mis obras, y que en un álbum la derrame un madrigal, me ha pedido una oración al mártir San Sebastián (santo con quien está en buenas relaciones años ha), rogándole que la cure con su infinita bondad tres granos que le han salido bajo la espina dorsal y cuyo aspecto recuerda las almendras de Alcalá. ¿Cómo he salido del trance? Bien lo pueden explicar las tres cartas que han mediado en el asunto. Allá van.

«Señora mía: Las cosas que sobre el particular me ocurren, no se le pueden decir a San Sebastián; pero, en fin, ya que usted en ello tiene un empeño especial, adjunta y en pocas líneas mando la oración. *Vaíté.*
San Sebastián, santo mío, tú que estás en el altar con el traje con que no día te echó al mundo tu mamá, sin merecer que los padres de familia en sociedad te hayan prestado siquiera unas tabuchas y un frac para que no estés en cueros, faltando a la honestidad y expuesto a coger un aire ó un catarro pulmonar, ¡mira que tengo tres granos desde el día del Pilar y que, como dijo el otro, me siento bastante mal!
Yo te ruego que te lleves

á la mayor brevedad la coschita de cereales que el cielo me quiso dar. Y con el alma tranquila y el cuerpo sin novedad, aguardaré á que Dios quiera ponerme el punto final.»

«Don Juan: Usted me ha largado un timo. He rezado ya tres veces la oracioncita de usted á San Sebastián, y el santo, en vez de quitarme los tres diviosos de atrás, me ha mandado otros tres nuevos. ¡Ya ve usted qué atrocidad! ¿Y todo por qué? Por ser usted un pelafustán que en el ramo de oraciones ni es chicha, ni limón. Yo le encargué que me hiciera una oración eficaz; pero desde que la rezo, más irritados están los granos, aunque los froto con lija, con aguapanela, con hencina y con extracto de guardia municipal.»

«Muy señora mía y dazña. ¡Es usted lo más fofo-grón!... ¿Acaso tengo yo culpa del aumento, voto á San? Señora, en vez de insultarme, dedíquese usted á rezar esta oración al santo con toda formalidad: *¡Quítame, oh santo bendito, el vicio de molestar á Zúñiga con encargos que no pagaré jamás!* ¡Perdemos los amistades! Poco me puede importar. Conque... ¡Vaya usted al maricó y déjeme usted en paz!»

Juan Pérez Zúñiga.

La inspiración.

(Cuento)

Vivir mezclada en el montón anónimo no satisfacía á aquella alma soñadora, bañada constantemente por una melancolía histérica que era verdugo de su envoltura carnal...

¡Cuántas veces, de sobremesa, después de haber recogido la patrona los manteles y pasado una punta del delantal sobre el tablero carcomido, quedábamos todos mudos de terror viendo á aquel joven, paliducho y enteco, sacar de un bolsillo de su americana varias cuartillas y amenazarnos con una lectura atormentadora! Entonces, bajábamos la cabeza en señal de forzosa resignación y daba comienzo alguna poesía elegiaca, donde el autor evocaba sucesos tristes y se lamentaba con infinita amargura del *hado cruel que le perseguía.*

A decir verdad, las inflexiones de voz con que el poeta leía sus versos, y la adaptación evidente de aquellas estrofas plañideras á la sentimental fisonomía del autor, nos hicieron sospechar si el joven romántico podría ser un genio futuro, el embrión de un grande hombre necesitado de un medio favorable á su desarrollo. Pero nadie determinó revelar esta sospecha, por miedo á que menudeasen las lecturas.

—¿Por qué no publica usted todas esas cosas? — se atrevió un día á preguntarle uno de los huéspedes que estaba cabeciendo sobre la mesa, al cadencioso arrullo de unas octavas reales.

El poeta le dirigió una sonrisa amarga como el acibar y contestó:

—Sería inútil; hoy nadie comprende la poesía; el positivismo lo invade todo... — Y las octavas fueron al fondo del baúl á hacer compañía á cincuenta y tantas composiciones, que allí permanecían inéptas esperando mejores tiempos.

Al fin tuvimos que ocuparnos seriamente de aquel muchacho; su palidez era alarmante, la dispesia imposibilitaba toda nutrición, y temimos que el día menos pensado se nos quedara exánime entre un madrigal y un soneto. Le considerábamos perdido si no lográbamos abrir una válvula por donde descargarle de aquella plétora romántica que le consumía.

La válvula fué *La Esperanza de los Tristes*, un semanario poéti-

co que leían con mucho agrado todos los redactores y sus familias. Allí vertió la ternura de su alma durante algunos meses, pero no consiguió su espíritu el reposo que esperábamos.

—No es esto lo que yo necesito—nos dijo una vez, presa de terrible excitación.— Es otra cosa: un anhelo vago, indeterminado, pero muy grande ¡muy grande! y juro á ustedes que lo realizaré.

Y desde aquel día sus aficiones, evolucionando rápidamente, pasaron de la poesía quejumbrosa á la crítica más acerada y personal de que pueda guardarse memoria en los anales de la *andante literatura.*

Fué en *El Grito de los Desdichados* donde aparecieron aquellos artículos procazes, agresivos, zahiriendo brutalmente á las personalidades más ilustres con un desenfado repugnante.

—Se ha vuelto loco—pensábamos.—Sin embargo, su nuevo modo de ser le alivió algo; le encontrábamos más alegre y decidido; parecía satisfecho de sí mismo, tranquilo como quien ha conseguido el fin propuesto. Pero pasó el momento de excitación con que la curiosidad pública había acogido al nuevo Aristarco, y al cabo de tres meses, la opinión, reaccionada, ya no se ocupó de tales críticas, ni de ellas quedó más vestigio que la falta de tres huesos en la dentadura del malhadado joven.

Entonces, llorando la ingratitud del público, tornó á las antiguas tristezas, se hizo más reservado que antes, y permanecía en su cuarto muchas horas, pensativo y melancólico como un rey destronado.

En las reflexiones hondas, sugeridas por el aislamiento—abrió la antorcha divina que había de iluminar al mundo—, por lo menos así nos lo dijo nuestro amigo, abandonando el voluntario encierro y presentándose á nuestra vista excitado y comunicativo más que nunca.

—Ya he dado forma á mi alma de artista. Mi vocación me lleva al teatro; para eso he nacido y en él me espera la gloria que torpemente buscaba en otra parte. Mirad, mirad la prueba.— Y agitando en el aire un montón de cuartillas flegadas de letras flexibles.

Nuestra opinión de nada le hubiera servido, porque éramos legos en asuntos escénicos, y como, por otra parte, no poníamos en duda los méritos del novel autor, conseguimos de él la merced señaladísima de que nos dispensase del consentimiento previo de su obra, ya que en el teatro habríamos de saborearla y aplaudirla en breve plazo. Prevedímonos nuestra cólera para conseguir que una empresa teatral la representase y los esfuerzos inutilizados, cuando ya desconñaba de ver su obra en los carteles, anunciaron éstos el estreno de la *churrada cómica*, lírica y bailable, que así la llamaba modestamente el autor.

¡Madre de Dios, y qué escándalo el de aquella noche! No se recordaba en Madrid otro igual. Ni hallábamos palabras para consolar al autor, ni él necesitaba consuelos. Con asombro de cuantos le conocíamos, vimosle altivo, arrogante desafiando con desprecio olímpico á la airada multitud que desde la sala rugía imponente y formidable.

—¡Perdido!... Está perdido... —nos decía él entre bastidores.

Y alguien, sin saber lo que contestaba:

—No se desanima usted por eso. ¿Qué diablo!... ¡A urta!...

—Digo que está perdido... el público —contestó el autor.—No me comprende.

Cuando hubo terminado la representación, una gran tristeza se apoderó de él. Desfilaron los amigos lentamente, sin decirle nada, porque la enormidad del desastre no admitía paliativos.

—¿Ha visto usted?... —me dijo cuando quedamos solos. —¿Ha visto usted lo que me ha hecho el público? ¡Pues se ha equivocado. Yo tengo inspiración y me impondré... Esto cuesta trabajo; pero me impondré...

—Indudablemente, usted se impondrá. Es cuestión de tiempo. No puede negarse que es usted un verdadero artista.

Desde aquel día no volvimos á verle. Almacenados por su ausencia inexplicable, pusimos en conocimiento de la autoridad la desaparición del poeta... Tal vez obedeció á un suicidio.

Nada se averiguó, y en la casa comentamos el suceso como una desgracia irremediable.

Muchos años después, vagando yo por la rambla de una populosa ciudad de Levante, sentí que dos brazos me oprimían cariñosamente y una voz varonil y alegre chillaba á mi oído:

—¡Bribón! ¿Ya no me conoce usted?... Pues yo no he olvidado á los amigos.

Cuando me hubé repuesto miré á mi interlocutor y... ¡era él! ¡el poeta! ¡el autor de la *lucrativa*!... Estaba completamente transformado: grueso, con aspecto saludable, vestido de artesano y agitando en la mano derecha un par de botas nuevas, brillantes, con la suela acharolada, como recién salidas de la tienda.

—¿Cómo?... ¿Usted?...

—Si, yo —me dijo.— ¡Yo! Su antiguo amigo, hoy oficial de zapatero; el mejor zapatero de Barcelona. Gano dos duros diarios, porque no hay manos como las mías para esto... ¡Mira usted qué curva la de la puntera!... Observe usted con qué elegancia se eleva el contrafuerte del talón... La gente más distinguida se calza en nuestro establecimiento... gracias á mí, ¡exclusivamente á mí!... Conque... ¿soy ó no artista?

—¿Qué duda cabe! —le contesté.— Siempre lo erol así. Usted era artista; artista... zapatero.

Luis González Gál.

El carpasol del amor, extravagancia cómico-lírica en un acto y en verso, original de nuestro compañero Jackson Veyán, música de Julián Romica, estrenada con gran éxito en el Teatro Lara.

Un no y un sí, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, arreglado del francés por los Sres. D. Gonzalo Cantó y D. Santiago Arambilet, música del maestro Santonja, estrenado con gran aplauso en el Teatro Eldorado, de Barcelona.

A la orden, mi coronell, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, original de los Sres. Díaz de Escobar y A. Urbano, música del maestro Cabás Galván, estrenado en el Teatro de Cervantes, de Sevilla.

Memoria leída en la Junta general de accionistas del Banco de España, en los días 5 y 10 de Marzo.

Allá va eso!, colección de poesías de Jackson Veyán, segunda edición. Con decir que en esta tierra no se hacen segundas ediciones de ningún libro está dicho el éxito que habrá obtenido el de nuestro fecundo y queridísimo colaborador. ¿Qué apostamos á que se agota también esta segunda?

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

El que ama á Elvira.—¡Redibó, pero sí todo eso me parece una guasa pura!

Cin-ho-ka.—Mire usted:

«El placer que aquella mujer
me proporcionó tan leal
es el placer más ideal
que en este mundo puede haber.»

Son cuatro versos que tratan de ser octosílabos y se quedan con las ganas, porque ni lo parecen siquiera.

P. Pito.—Tampoco cuenta usted las sílabas. Y ponerse á hacer versos así es gana de perder el tiempo.

Sarrascate.—Esas moralejas, ó han de tener mucha gracia, ó no deben hacerse tampoco. Pasaron ¡ay! de moda.

Casildea de Vandalia.—Tiene el inconveniente de recordar un cuento muy viejo y demasiado conocido. El del obispo y el arriero.

Sr. D. A. G.—Barcelona.—No puedo asegurarlo, pero creo que la composición que indica no es de Zúñiga. La de éste es muy parecida en el asunto, porque se refiere al cambio de unos gozos á san no sé cuántos y el elogio de un manjar, ambas cosas hechas de encargo.

Sr. D. B. de O.—La copia aludida se publicó en el número anterior, antes de recibir su carta. Las otras no fueron admitidas. Sin duda hubo error en la interpretación por parte de usted ó falta de claridad por la mía. Quise decir que escogería lo más saliente.

Uno que hace los primeros.—Y le han salido malos, que es lo lamentable.

El capitán Montoya.—Como usted comprenderá á poco que se fije, ni la índole ni el asunto del romance son propios de este semanario.

Riggolo.—También pertenece al género de las orientales, que hace tiempo yace en el ostracismo. Y se le ha escapado á usted un *lapin* garraful: llama usted cópulas de estafío á las cópulas...

Sr. D. E. R.—Es lástima que sea conocidísima la anécdota. Pero... no hay quien no la sepa á estas horas.

Penca Guano.—Ambas pecan de incorrecciones de bulto que no puedo detallar aunque quiera. En el romancillo se le han escapado á usted aso-

nantes seguidos... y alguna que otra sílaba, y en el romance, aparte de la vulgaridad del asunto, hay varios consonantes que no deben serlo.

Torrallta.—Éstos no son cuñidos del todo, pero no llegan á tener el *saliente* preciso.

Cascañela.—Le juro á usted por lo más sagrado que para verificar regularmente hay que cuidarse de las sílabas y del ritmo. Porque usando para cada verso una medida diferente resulta un galimatías espantoso.

Sr. D. L. U.—Las razones que usted alega no lo son. Porque puede usted hacer versos malos, ó con asuntos manoseados de moda que parezcan copias, y puede usted copiar de Villergas versos malos, incorrectos é impúblicables. Porque á ratos también los hacía así Villergas y... casi todo el mundo. Pero crea usted que á lo que yo estoy es á hacer cosas que me sirvan. ¡Ay! Ojalá vivieras, aunque fueras del mundo Múa.

Xenofante XIX.—Bien versificado, pero no dice nada. Es hablar por hablar todo eso.

Anelo.—Además de que el asunto no *encaja* en el periódico, descuida usted un poco los endecasílabos, y le salen defectuosos la mayor parte.

Sr. D. D. E.—Villagarcía.—Sí señor. Hechos sus encargos.

Avicena.—Fuertecita resulta.

Sr. D. J. C.—Lo siento, pero es muy mediana. ¡Mucho!

Paco.—Ello tiene un fondo de verdad. Lo malo es que usted no lo haya desahuerto, y se haya dicho infinidad de veces y en variedad de metros.

Sr. D. M. S. G.—El caso es que no sé qué contestarle á usted, porque hace un siglo que no veo al interesado y más ocupaciones me impiden servirle como deseára.

XXIX.—No están bien medidos los versos. Por lo menos en mi opinión humilde.

Robinson.—Son dos vulgaridades muy grandes. ¿Á que estamos de acuerdo?

Sauón Carrasco.—Lo malo es que el asunto resulta un poquito de mal gusto, porque ello tiene gracia.

Sr. D. J. R. G.—Vive: San Miguel, 19, tercero.

Sr. D. R. T.—Valencia.—Se publicará en la primera oportunidad.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.—Con motivo de haberse aglomerado las composiciones de dos semanas justas, han de quedar forzosamente sin contestación más de sesenta cartas, por lo cual pido perdón humildemente á los interesados. Y ya que estoy con las manos en la masa, permítanme ustedes una observación que sirve para todos: Ustedes se quejarán del rigor que se emplea en la selección de composiciones, pero obedezca á nuestro deseo de que el que salga lo haga con las agallas suficientes para seguir adelante. Por desgracia, la inmensa mayoría de los que nos honran con sus consultas escriben por escribir, sin la base necesaria algunos, sin fe, sin personalidad los más de ellos. Los que mejor resultan se concretan á seguir los caminos trillados: faltos de vigor y energía para destacar su estilo ó sus ideas, copian ó imitan los nuestros, sin estudiar, sin emprender otros rumbos, sin atreverse á salir de la medianía. De aquí resulta ese cúmulo de trabajos vulgares, sosos, anodinos, sin entesa de novedad ni de ingenio propio. Y es lástima, porque muchas de nuestros colaboradores han llegado á manejar la forma con suvidadable corrección. Pero qué se adelanta con eso, si dentro no llevan nada que valga la pena?

Entiendan ustedes lo que quiero decir. Algunos de ustedes lo hacen como nosotros y se quejan de nuestra injusticia (¡no parecen!) ¡No, señores! Para hacerlos como nosotros, no necesitamos alforjas. La gente nueva tiene que echar por otro lado. Y ustedes perdonen el *spick*, ó como se diga.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLI MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA REGISTRADA
TRADE MARK
JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro matno, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.
DESPECHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO
Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1895.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 19 deplante.—Teléfono núm. 224.